

que hasta las fieras creen que tienen un derecho del cual no pueden prescindir, mientras estén vivas y sean dueñas de un pedazo de mundo.

DE LA TIERRA Y EL AIRE.

<https://doi.org/10.29393/At208-10DTDI10010>

Entre los poetas jóvenes de Chile, la obra de María Silva Ossa, llama la atención por la sencillez y por la pureza de su expresión. Sus composiciones poéticas revelan una sensibilidad saludable y rica en motivos emocionales. No se lanza atropelladamente por los caminos de vanguardia poética, sino que va con mirada penetrante oteando en el paisaje de su alma, las expresiones más bellas, sin dejarse tentar por lo estrafalario ni caer en la pueril y anticuada manera de exteriorizar sus sentimientos. Hay en sus poemas un motivo y un pensamiento bien definido que da seriedad y hondura a su obra. La imagen atrevida embellece el verso y le confiere calidad y gracia, dentro de una moderna sensibilidad. Y en esto entra el arte mismo, a exigir esas fórmulas nuevas que reclama el hombre de hoy. Porque el medio físico es el mismo. La naturaleza sigue siendo igual a la que admiró Virgilio o Goethe y las pasiones y sentimientos humanos sólo han variado en la apariencia. En el fondo, el hermano lobo sigue teniendo sus razones para desconfiar de los hermanos hombres.

María Silva Ossa busca su camino con fina y mesurada intuición de poeta que está atento a lo que significa su misión como cultor de belleza. No se deja llevar por la confianza en sus ingénitas cualidades. Hay una fina manera de sugerir en esta confianza, una liviana voluptuosidad, un aire fresco y cálido de vida en plena salud espiritual:

Amado, qué silencio
en mi rosa, cuando siento
tu gracia;
por mi vereda transitas
descalzo,
apagando los faroles
de lo que te es extraño.
Te allegas sin voz
en un impulso
de hierba que crece.
Llevan mis manos
el fuego de tu tea,
y quemo mi cielo
en tus arreboles.

SUGERENCIAS HUMANAS.

Cuando los ermitaños se ponen a pensar, allá en la soledad del desierto, seguramente están sintiendo un deseo apremiante de que llegue a iluminarlos una meditación en la cual resplandezca con meridiana claridad un concepto que se concrete en un positivo bien hacia el prójimo. Y tiene que ser así, pues de otro modo su retiro, tendría tanta importancia como el de una piedra que a la orilla de un camino, conoce el secreto de más de un viajero. El hombre siente necesidad de que su pensamiento sea conocido y de que éste contribuya a la salud espiritual de un pueblo. Es lo que sigue haciendo Benedicto Chuaqui, hombre lleno de fe en la bondad humana, pese a la horrible y desconsoladora etapa en que vivimos. Daniel de la Vega, en el prólogo que ha puesto a este libro, publicado por la editorial Orbe, dice sobre el respecto palabras muy justas y sentidas:

«Es un enamorado de la bondad. En las pequeñas meditaciones de este volumen, más que los resplandores de esta